



La carnivoracidad en Juyungo, de Adalberto Ortiz

Álvaro Alemán Universidad San Francisco de Quito

Coman arroz - tengan fe en las mujeres

Fran Winan

Extracto:

El consumo de carne manifiesta una dimensión político-sexual, referida sobre todo a lo que Carol Adams llama "la fórmula para el referente ausente". Para Adams, el consumo de carne, en la cultura occidental, forma parte de un manejo pornográfico: un mecanismo que sexualiza el consumo de carne, objetivando al cuerpo femenino y convirtiéndolo en un "pedazo de carne". El procedimiento, que se aplica tanto a la industria alimenticia y su brazo publicitario como a la industria cultural, en grandes líneas consiste en transformar a los animales en alimento; es decir, eliminar todo rastro de animalidad presente en la sustancia comestible para convertirla en comida, en existencia ahistórica e inerte.

Entrada

Adalberto Ortiz es hoy en día —como muchos autores— recordado por su primera novela. *Juyungo* se convirtió rápidamente, desde su aparición inicial, en un documento poderoso y representativo, no solo de la corriente realista ecuatoriana sino, sobre todo, del pujante panafricanismo que recorría el planeta y que encontraba manifestaciones literarias americanas en el llamado de la *négritude*. Ya encontramos la impronta de esas letras en la obra poética de Ortiz; lo que encontramos en *Juyungo* es un relato amplio y ambicioso que narra la vida y vicisitudes de un negro ecuatoriano.





La novela se adhiere a los códigos del *Bildungsroman*ⁱ, se trata de un texto de desarrollo, de maduración, de despliegue y muerte, aunque incluye elementos experimentales en su diseño. Notable entre ellos es el uso del *oído y ojo de la selva*, una serie de textos poéticos-experimentalesⁱⁱ que inician cada capítulo de la novela y que ofrecen una voz incorpórea, que narra *otra* realidad más allá de la inmediata. Las lecturas de *Juyungo* han ponderado su representatividad cultural, sus contribuciones a la oferta literaria (y al canon) latinoamericano, la condición rebelde de su protagonista, su capacidad de reflejo de la conciencia escindida del mulato, la construcción de personajes y sus contribuciones a la representación de la nación ecuatoriana. Ningún acercamiento a la novela ha intentado, a nuestro entender y hasta el presente, una lectura de la novela a partir del significado del consumo de carne; pese a la superabundancia de alimentos y de comensalidad que pueblan nuestra literatura. El presente ensayo propone pensar *Juyungo* a partir del cúmulo de significados que la novela sostiene en torno a la *carne*.

El enfoque, entonces, va a partir del *carnivorismo*, o de la predilección marcada de esta novela por la representación del consumo de carne. Este carnivorismo literario, que tal vez haríamos mejor en llamar *carnivoracidad*, se refiere a la ansiedad producida por, junto con el ansia resultante del consumo de carne. De hecho, el neologismo alude a un apetito carnívoro específico, una clase de hambre direccionada particularmente hacia el consumo de carne. Esto es así a tal grado que la carne se ha convertido, históricamente, en sinónimo de alimento, o mejor, de *verdadero* alimento en oposición a un consumo alimenticio no solo vacío de sustancia sino, paralelamente, vacío de satisfacción. El consumo de carne se presenta, así, como un nódulo crítico para pensar la vida amenazada, como señala el antropólogo Nick Fiddes en su indispensable estudio al respecto, *La carne: un símbolo natural*:

el significado de la carne se vincula al control del medio ambiente, y ha gozado de una condición envidiable entre otros alimentos debido a este sentido. Aunque el prestigio de la carne no es inherente a su sustancia, sino que ha sido forjado, por sucesivas generaciones que valoran la noción, encapsulada en la carne, del dominio sobre la naturaleza. El deterioro de su prestigio, así, puede ser un indicador de algo más que el cambio de preferencias alimenticias.

Vemos en *Juyungo*, del escritor afroecuatoriano Adalberto Ortiz, obra publicada en 1952, un documento clave para explorar los múltiples sentidos posibles del acto de consumir carne. *Juyungo* presenta cinco distintas manifestaciones de esta conducta. Estas





son, en orden arbitrario: a) el consumo de carne de animales salvajes; b) el consumo de carne de animales domésticos; c) el consumo por parte de animales salvajes de carne humana; d) el canibalismo, figurado de distintas maneras, primero como el consumo de carne de varón en la forma de asesinato, luego como el consumo de carne de mujer en la forma de congreso sexual y, finalmente, el consumo de sujetos humanos bajo la forma de la esclavitud; por último, identificamos e) el consumo de carne en el contexto del rito funerario. Cada uno de estos momentos —y en la novela hay muchos de ellos— ejerce una fascinación particular y a la vez despliega un sentido distinto. Observamos en este documento, en esta novela, la deliberada intención de problematizar el carnivorismo y de explorar su honda veta simbólica.

Un breve resumen de la novela con fines de la inteligibilidad: el texto narra la historia del joven Ascensión Lastre, llamado Juyungo, primero por miembros de la etnia Cayapa, una designación peyorativa, y luego asumido por el mismo protagonista y por sus interlocutores. Lastre abandona el hogar paterno, se interna en territorio Cayapa y luego lo abandona al experimentar su rechazo. Lastre recorre ampliamente el territorio selvático, recorre distintos poblados, asume diferentes ocupaciones y eventualmente se integra a una cuadrilla de trabajadores empleados en la construcción de un camino. Ahí, traba amistad con dos estudiantes mulatos, de izquierda, también involucrados en una tarea de desciframiento de su lugar en el mundo. Con el paso del tiempo, Lastre se vincula con María de los Ángeles, una mestiza que se convierte en su compañera y que le da un hijo. Luego de una serie de decepciones, el protagonista y sus amigos cercanos abandonan el campamento, se alejan del conflicto laboral y la indigencia, y se radican en la isla de Pepepán, habitada por familias negras alejadas de la modernidad y de la economía de mercado. La isla se vende a Mister Hans, que envía emisarios para forzar la salida de esta pequeña comunidad. En ausencia de Lastre, sus adversarios queman el caserío y su hijo perece en las llamas. Esto provoca la pérdida de la cordura de María de los Ángeles, la venganza de Lastre, su fuga e integración a las tropas ecuatorianas enviadas a la lucha armada en la frontera sur y, finalmente, a su muerte.

Pasemos entonces a explorar algunas de las variantes de carnivorismo presentes en la novela, junto con su ostensible significado.





1. Carne de monte/alimañas

Al inicio de la novela, Lastre se encuentra viviendo junto con su padre y madrastra en la selva:

Bueno es comer con hambre canina: pero comer dos ñames sancochados y un rabo blando de iguana no es muy bueno. En una concha de coco sebosa por el uso, le sirvió la madrastra, con poca voluntad. Lo comprendió así, y se mordió los labios. En ese rato la iguana le repugnaba. Estaba hostigado de esa manduca. Cuando no era iguana era ese ratón de monte que le llaman lao. Cuando no era lao era culebra, cuarta menos de cabeza y rabo. Cuando no era culebra era sapo bamburé. Cuando no era sapo bamburé era nada. (18)

Uno de los elementos a tener en cuenta en la descripción del rechazo del consumo de "animal de monte" por parte del protagonista es su descripción de la "bondad" del hambre, descrita por él como "canina". El hambre cae así dentro de un escenario positivo, asociado a cualidades como la vitalidad y la fidelidad proverbiales del perro. Vale la pena aquí diferenciar también entre hambre y apetito. "El apetito de un individuo es su deseo de inclinación por comer, su interés en consumir alimento. Comer es lo que *hace* una persona. El apetito es lo que la persona *siente*, el deseo de hacer, en su mayor parte, constituye un estado psicológico" (1973: 21)¹.

En otras palabras, Ascensión Lastre rechaza la carne de monte que ha consumido, evidentemente durante mucho tiempo. El rechazo es por el *tipo* de alimento, pero también por el desdén que percibe en su madrastra. ¿Cuál es entonces el sentido que se le atribuye en la novela al consumo de animales salvajes?

Si *Juyungo* ofrece un rechazo de la carne de monte al inicio de la novela, ¿no es posible interpretar este rechazo también como el rechazo al "sabor/color local" que escritores como Borges hicieron más tarde emblemático? ¿Como desmarcaje de la llamada corriente realista? Ascensión Lastre decide abandonar su lugar de origenⁱⁱⁱ en busca de un destino mejor y se aleja así de su hogar paterno. Para Lastre, el consumo de animales de monte no solo se asocia a su posición precaria en el hogar, sino que aparece además como la antesala de la hambruna, aquella fuente de alimento permanentemente al alcance.

-

¹ Daniel Cappon (1973) *Eating, Loving and Dying: A Psychology of Appetites*. Toronto: University of Toronto Press.





El vagabundear de Lastre lo llevará lejos de su tierra. Lo veremos crecer, madurar, aprender y convertirse en un hombre y, más que eso, en un paradigma de masculinidad: el hombre más fuerte, más estoico, más musculoso de todos los que aparecen en la novela. Una vez que Lastre llega a la isla de Pepepán, una vez que deja atrás la discordia y la duda sobre su lugar en el mundo, que es aceptado por esta pequeña comunidad y que adquiere una pareja, su actitud ante los animales de monte varía, ya no es más de repugnancia.

"Una pava de monte, un coati, una guanta, un par de pacharacas caían con frecuencia bajo el certero plomo de Cangá o de Lastre. La carne de monte no faltaba, y el hambre no era un problema. Aunque empezaran a faltar la sal y la panela" (178). Vemos en este fragmento el señalamiento de la carne de monte como alimento base y fundacional, y vemos también al hambre como un problema resuelto a partir de esta abundancia, una cornucopia que va de la mano de la armonía relacional y social.

Pero hay otro sentido que se le asigna a este tipo de consumo. Lo hace Antonio Angulo, compañero de Lastre, mulato educado en Quito:

Y esta tierra es virgen. Si se sembrara piedras, piedras se darían. Pero como todavía no han sentido necesidad mayor, se dedican a explotar los bosques. Si la tagua y el caucho suben, ustedes prosperan. Si bajan, entonces se echan en una hamaca en espera de los buenos precios. Si hay que comer, comen, si no, allí está la carne de monte. Para mí, que la existencia de estas riquezas naturales es un factor de atraso. Pero el día llegará en que se verán obligados a sembrar, aunque sea bananos. (184)

La carne de monte es así un elemento de inercia cultural, la manifestación de una cultura sin iniciativa. Angulo expresa aquí su inconformidad con el medio y su denuncia de lo que algunos economistas llaman "la maldición de la abundancia", iv que consiste en señalar la comodidad de los habitantes de territorios ricos y productivos como condición de su atraso.

¿Qué vínculo existe entonces entre la carne salvaje y el destierro que expulsa a Lastre dos veces de su comunidad?

El comer carne de monte podría expresar, así, el temor a fundirse con el entorno, a abandonar la lucha por la supervivencia y por la justicia humana, el miedo a que el consumidor se asimile a la montaña, forme parte sustancial de ella, que se vuelva montuvio. La fuga de Lastre (deliberada o no) de las comunidades que integra se podría equiparar así a una de las características que Franklin Miranda observa en la novela, lo





que llama "un escape a la condición afroecuatoriana". A lo largo de la novela, Lastre repudia la carne montañesa, primero porque representa la ausencia de alternativas, y también porque expresa una alimentación desprovista de la marca de la integración humana; más que gusto, representa sustento. Más adelante, ya en Pepepán, en un entorno humano acogedor, su juicio se modifica, ahora la carne de monte representa una cornucopia generosa, un alimento que le permite ejercer la libertad y autonomía que Lastre anhela. Por último, luego de la pérdida de la comunidad isleña y de la mano de la educación política que recibe de sus compañeros, Lastre identifica la carne de monte con el ocio improductivo, con la inercia cultural, y re-aprende a despreciarla por esa razón.

2. Comensalidad-utopía-eco-lógica

Juyungo emplea la simbología del consumo de carne de manera distinta cuando la incluye al interior de un plato; es decir, de una comida preparada. En varios tramos observamos en la novela la transformación del alimento en ocasión para fomentar y ahondar las relaciones interpersonales.

Por el lado de Quinindé saltaron también del agua Juyungo y su mujer.

En la casa se comía ya. Los esperaban. Les sirvieron arroz, pescado con coco y mucho verde cocido.

- —¿Qué pescados son éstos?
- —Guañas y guacucos —respondió la vieja del bocio—. Anoche salieron a mariscá los muchachos y encandilaron unos cuantos.

Eran pescados cartilaginosos que se encuevaban entre las peñas del Quinindé. Tenían aspecto antediluviano, semejaban crustáceos, pero sabían muy bien. Al menos así les pareció a todos. (125)

El pescado se encuentra envuelto en cultura, encocado, en un plato. Aunque el pescado presente un aspecto, forma y hasta textura prehistórica, su sabor lo constituye la comunidad de iguales. El título de la novela de Ortiz es *Juyungo: Historia de un negro, una isla y otros negros*, y marca la importancia de la isla de Pepepán como la comunidad de intereses y de armonía que Occidente ha designado con el nombre de una isla imaginaria: Utopía. Se trata de un lugar de paz, de aceptación, de trabajo y de integración comunitaria, aun dentro de la heterogeneidad cultural y racial de una comunidad siempre cambiante. Así describe uno de los personajes de la novela el fruto silvestre que da





nombre a la isla: "Cuando como pepepanes con miel, veo que la vida es buena en ese instante. Aunque, en general, me ha parecido detestable; tanto que, en ciertas ocasiones, Dios me perdone, si hay Dios, reprocho a mi madre por haberme dado esta vida…" (171).

Utopía es, así, no solo un lugar inexistente, o tal vez existente por momentos breves, como aquel descrito en la cita previa; sino también un lugar para la alegría (eutopía). Es ahí donde Lastre encuentra una forma de paz y donde espera la llegada de su hijo. La novela alude a una definición de utopía como comensalidad, como el acto de comer y beber juntos alrededor de la misma mesa. La ausencia de esa comunidad de comensales le otorga un valor negativo a la comida, y en particular a la carne. Cuando Cocambo y Hans incendian el caserío de Pepepán y causan la muerte del hijo de María de los Ángeles y de Lastre, esta pierde la cordura:

La ridícula facha de su mujer, era una imagen que le hacía desear un desahogo rápido de su rabia frenética. Ya no comería, la pobre, la carne de cachicambo que él fuera a buscarle al monte. Ya no habría más caricias conyugales. Con una loca no se puede hacer nada, nada, nada. (229)

La comida pierde su gusto, los animales de monte y su carne pierden sentido como marcadores culturales de un acercamiento recíproco y respetuoso ante el mundo natural.

3. Formas de canibalismo

El consumo de carne manifiesta una dimensión político-sexual, referida sobre todo a lo que Carol Adams llama "la fórmula para el referente ausente". Para Adams, el consumo de carne, en la cultura occidental, forma parte de un manejo pornográfico: un mecanismo que sexualiza el consumo de carne, objetivando al cuerpo femenino y convirtiéndolo en un "pedazo de carne". El procedimiento, que se aplica tanto a la industria alimenticia y su brazo publicitario como a la industria cultural, en grandes líneas consiste en transformar a los animales en alimento; es decir, eliminar todo rastro de animalidad presente en la sustancia comestible para convertirla en comida, en existencia ahistórica e inerte. Para Adams, esta misma operación se despliega en la representación femenina en el consumo pornográfico. Se trata de vaciar a la entidad de su ser para pasar a considerarla "cosa" o mejor, "carne".





Este procedimiento, para Adams, está sobredeterminado desde la masculinidad, está diseñado para consolidar el dominio masculino por medio de la asociación del consumo de carne con la virilidad y la potencia sexual. *Juyungo* funciona como una novela en la que, además de la reflexión reiterada sobre la identidad racial, aparece una sostenida búsqueda de identidad sexual. Juyungo, el personaje, tiene tres amantes en la novela: una mujer negra, Afrodita Cuabú, que lo rechaza; una joven india, Pancha; y finalmente una mujer blanca-mestiza, María de los Ángeles. De hecho, Lastre es representado como un hombre viril y fuerte, su fortaleza física siempre excede a la de sus competidores, su apariencia es la de un parangón de masculinidad. La propia María de los Ángeles se ve atraída a Lastre por el mito de la potencia sexual del hombre negro; al mismo tiempo, los hombres se sienten atraídos por su magnetismo. La novela ofrece múltiples instancias en donde se describe el acto sexual en términos de consumo de carne. El siguiente fragmento proviene de Afrodita:

Pues sí señor. El tal Hermanito no es más que un bandido. Yo había ido allá por acompañar a mi tía, no porque creo en esas majaderías sino que habemos todavía negros zoquetes, eso es. Él a mí no me tragaba porque no quise peinarlo. No ve que a todas las que lo peinan, él se las come. Así como me oyen: *Se-las-come*.

Del "Hermanito" dice Ascensión: "Se sentía en el paraíso de la abundancia. ¡Ni aun cuando como ahora, dizque estaba ayunando, pasaba necesidad, pues había incondicionales que le proporcionaban alimentos a escondidas!". (44)

Durante la visita que hace Lastre a la loma de Palo Palo se encuentra con el santo "Hermanito", un impostor que embauca a la comunidad con sus "poderes místicos" y que consigue como resultado favores sexuales y alimentación sin necesidad de trabajar.

En otro momento de la novela leemos:

En eso entró Jacinta, la mocita, con los senos como naranjas más apetitosos que las frutas en conserva y los sandwichs de jamón que traía en el charol. La bata Blanca, ceñida, delataba sus formas redondas. El cabello endrino le caía liso y suelto hasta los hombros. (96)

Una alusión adicional; Lastre comentaba: "¡Cuando uno tiene mujé y va a tené un hijo, se vuelve capón, palabra! De no, ahí mismo me le bebo la sangre —y su aborrecimiento por aquel negro de alma ruin y servil le crecía satánicamente, implacable". (182)





Encontramos en este segmento un momento más en que la novela aumenta su repertorio de significados para el carnivorismo. Primero Lastre asocia su asunción del rol paterno con la pérdida de su virilidad y luego adscribe al consumo de carne humana, en este caso masculina, el poder de aumentar su capacidad de ejercer violencia. El canibalismo se divide aquí en líneas de género: comerse a las mujeres consiste en tener trato sexual con ellas; y comerse a los varones, en asesinarlos. Vi Veamos:

Al comprobar con el dedo el filo de su machete, se levantó y bajó las escaleras sin despedirse de nadie.

- —¿Adónde vas a estas horas, hijo? —preguntó alarmada, Cristobalina, aunque presentía lo que iba a ocurrir.
- —Voy a comerme al mío —se oyó su voz resuelta, en la oscuridad. (227)

La hipermasculinidad de Juyungo se demuestra a través de su "canibalismo": Lastre (y con él, el narrador de la novela) ejerce su poder cosificando. "Comer", tanto a hombres como a mujeres, significa privarlos de su humanidad esencial, transformarlos en cosas, en pedazos de carne. Las mujeres y los hombres sometidos a este imperativo no son siquiera asimilados, más bien son despedazados sin solución de continuidad en tanto pasan de ser sujetos a ser objetos. *Juyungo* funciona, así, como aquel escenario en donde la búsqueda de identidad racial que la novela promulga se desplaza hacia una búsqueda de identidad sexual que sobrecompensa las inseguridades de los personajes y de la narración en sí. De hecho, la novela sexualiza la violencia y al mismo tiempo violenta la sexualidad.

Uno de los temas que más sorprende a Lastre y que enciende su ansia carnívora es el recuento del pasado de esclavitud del pueblo afrodescendiente. La esclavitud se representa en la novela de manera análoga a la carnivoracidad: como la conversión de seres humanos en objetos, en mercancías, específicamente. La esclavitud consiste así en una suerte de canibalismo sistémico que, en lugar de convertir a los animales en comida, convierte a los negros en esclavos:

[—]Digo que en un tiempo los negros fueron esclavos de los blancos, quienes los compraban y vendían como animales, para hacerlos trabajar de un extremo al otro del día.

^{—¿}Y todos los blancos hacían eso?

[—]No, precisamente. Pero la mayoría aceptaba la esclavitud, porque les producía riqueza.

^{—¡}Qué hijos de p…!¡Si yo hubiera vivido en ese tiempo, carajo! Palabra que me comía a más de uno. (184-185).





La lógica que Lastre despliega es así la de extender hacia los responsables el "mismo" trato que estos generan. No resulta excesivo también citar a Julian Twigg, que señala que "La carne era tradicionalmente vista como el alimento de los hombres libres y no de los esclavos, en los siglos XVIII y XIX y que la carne de res era considerada popularmente como la base misma de las libertades en Inglaterra". Resulta interesante, sin embargo, observar aquí el giro de la metáfora del consumo de carne hacia la lógica del consumo bajo el capital.

4. La carne como sustento para la memoria

El título de la novela de Ortiz toma su nombre de una palabra que la lengua Cayapa utiliza para designar a la gente negra. Cocambo, uno de los antagonistas de la novela, intenta utilizarla para descalificar a Ascensión Lastre, para humillarlo. Lastre asume de buena forma el nombre e invierte el mecanismo de denigración utilizado en su contra; desde entonces, Juyungo será su apelativo y su marca.

No debemos olvidar entonces esta operación subversiva de significación que lleva adelante Adalberto Ortiz y que consiste, fundamentalmente, en *transformar el dominante*. De hecho, la búsqueda de Ascensión Lastre a lo largo de la novela parecería coincidir con la voluntad de Ortiz de traspasar barreras culturales diseñadas para excluirlo y encontrar en el camino la posibilidad de ser memorable. Al ser incorporado a la comunidad Cayapa, Lastre asiste a una de sus celebraciones rituales:

Esta invitación le regocijó, y salió corriendo con dirección al cementerio, erizado de cruces de ramas, a donde llegaban los indios en romería. Sobre los túmulos depositaban pondos de chichi, chontaruros cocidos, casabe, plátanos asados, trozos de Buena carne y otros comestibles. Rito pre colonial, conservado intacto a través de los siglos.

- —¿Por qué dejan esa comida allí, cuñado Francisco?
- —Parientes saliendo de la tumba, con hambre, de noche —afirmó con recogimiento un indio, quien se le había mostrado afectuoso en otras ocasiones.
- —¿Y si yo me llego a morí, me pondrán también mi comida?
- El hombre quedóse pensativo antes de responder, pero luego dijo con cierta soberbia primitiva, levantando el rostro, sacando la mandíbula inferior y luciendo su magnífica nariz de gavilán.
- —No. Donde entierra cayapa, no entierra juyungo. (32)





Toda la novela podría entenderse, así, como la búsqueda espiritual y humana de Lastre por ser recordado, por convertirse en alguien a quien se ofrezca "buena carne" en su sepelio, y con ella, la posibilidad de perdurar. Esto es lo que encuentra brevemente en Pepepán con el nacimiento de su hijo y luego pierde brutalmente a través de sucesivos actos de violencia que no solo lo exilian, sino que lo auto-exilian de la posibilidad de un entierro con "buena carne". El entierro es otra forma de la mesa, otra figura para la comensalidad, el terruño funerario se convierte en lugar de encuentro y de socialidad, y esto es lo que vuelve el destierro más duro, una forma fantasmagórica de buscar lugar en la mesa.

La afirmación de Francisco de que las costumbres funerarias Cayapas excluyen a miembros de otras culturas es una afirmación que tiene eco en la sociedad ecuatoriana más amplia. Para Lastre, la cultura Cayapa, obcecada en olvidarlo, se muestra impenetrable y así, en busca de redención, acude al mundo blanco-mestizo y negro donde encuentra, brevemente, su anhelo. La complejidad de la novela de Ortiz reside en que la sociedad afroecuatoriana que dibuja ("Un negro y otros negros") es una sociedad atravesada de distintas maneras por la palabra: Juyungo mismo es iletrado, al igual que buena parte de los protagonistas de la obra. Nelson y Antonio, sin embargo, son letrados al igual que muchos otros personajes. Juyungo deja sentir esta tensión permanente que arroja saldos distintos para la memoria. ¿Cuál es la carne del recuerdo de una cultura oral? Una respuesta sería la tradición, que Lastre y sus compañeros intentan asumir, de maneras distintas, comprender y diseminar. No es inocente que Ortiz termine su novela dando de baja a Juyungo y sosteniendo al personaje de Nelson que es, finalmente, el único que puede registrar los hechos de la vida de Lastre, por escrito, para así volverlo memorable. Juyungo, como documento, es así la tumba que Lastre imaginaba para sí mismo, un lugar de celebración textual, de carnaval y de dialogismo, que comparte sobre su sepulcro la "buena carne" de la memoria escrita. Pero Juyungo es también el cementerio, la sepultura, de la tradición oral afroecuatoriana, el museo donde, privados de la voz viva de la memoria, los relatos encuentran su descanso definitivo, su paradójica encarnación letrada.

_

ⁱ El inicio de la novela adopta también características de la novela picaresca, sobre todo en el aprendizaje que hace el joven Ascensión Lastre con su mentor, Cástulo Canchingre. Ver Wilkins, Heanon M, "The





Picaresque Connection in the Novel, *Juyungo*, by Adalberto Ortiz", *La Chispa 87: Selected Proceedings*, ed. Gilbert Paolini (New Orleans: The Eighth Annual Conference on Hispanic Languages and Literatures, Tulane University, 1987).

- ii Estos textos ofrecen elementos compositivos interesantes y tienen como antecedente inmediato los textos vanguardistas de John Dos Passos en su trilogía de principios de los años 30, *USA Trilogy*, que incluye *The 42nd Parallel* (1930), *Nineteen o 1919* (1932) y *The Big Money* (1936). Resulta interesante pensar en el uso distinto que Ortiz destina a la escritura de "ojo y oído de la selva", al ofrecer al lector un documento suelto, sin anclaje emisivo otro que la designación de la sensualidad selvática; el lector inicia su construcción personal de una voz medioambiental, en iguales partes formadas por la exuberancia vegetal, la especificidad cultural afroesmeraldeña y la aparición de una conciencia poética narrativa.
- iii Este movimiento en la literatura ecuatoriana de lo crudo hacia lo cocido se ve reflejado también en la poesía ecuatoriana, por ejemplo, con la transición de la temática alimenticia, por ejemplo, desde la obra de Jorge Carrera Andrade hasta la de Julio Pazos: de una poética de exaltación de las frutas y productos terrestres, hasta su elaboración en la forma de alimentos preparados.
- iv Ver el libro de Alberto Acosta, con el mismo nombre, de reciente aparición.
- ^v Ver Adalberto Ortiz y Nelson Estupiñán Bass, Hacia una narrativa afroecuatoriana.
- Tesis para obtener el grado de Magíster en Literatura Hispanoamericana y Chilena. Consultable en línea en http://www.cybertesis.cl/tesis/uchile/2004/miranda_f/html/index-frames.html
- vi En la novela, al igual que en el léxico popular costeño del Ecuador, el homicidio y el sexo se representan a través del consumo de carne de pescado, por ejemplo: "Afirmaban, también, que era nombre supuesto el que llevaba. Y su bien ganada fama de *corvinero* se extendía muchas leguas a la redonda" (64, la cursiva es mía). El corvinero, el que come corvinas, es aquel que mata hombres, que consume sus vidas. Ver también el uso paralelo de *bagrero* en el léxico sexual ecuatoriano, como aquel varón que consume mujeres de aspecto "despreciable".